

Anexo

Cuatro capitales y un funeral

Por *José Piñera*, Ministro de Minería, 1980-1981

[Nota. Apenas presentado el proyecto de Ley Minera a las comisiones legislativas el 17 de agosto de 1981, acepté una extraordinaria invitación del gobierno de la Primera Ministra Margaret Thatcher para realizar una visita oficial al Reino Unido y explicar el proyecto de “las siete modernizaciones”. Al final, el viaje se transformó en interesantes y productivas visitas a cuatro capitales -París, Roma, El Cairo y Londres- y la asistencia al dramático funeral del Presidente Anwar Sadat. Aquí una breve reseña].

París, 5 de octubre

Llego de madrugada a la capital más hermosa del mundo para participar en la reunión anual de ministros de Minería de los países del CIPEC, la organización de países exportadores de cobre. La reunión trata temas de rutina y es más un ejercicio diplomático que una conferencia para discutir temas sustantivos.

París, 6 de octubre

Apenas terminada la conferencia del CIPEC, el embajador de Chile en Francia, Juan José Fernández, me invita a la residencia de la Embajada en Rue de la Motte-Picquet, cerca de la grandiosa tumba de Napoleón en Los Inválidos, para celebrar informalmente mi cumpleaños con una buena conversación y un *champagne* francés. Al llegar a la embajada la televisión está transmitiendo imágenes desoladoras e impresionantes del asesinato hace pocas horas del presidente de Egipto, Anwar Sadat, durante un desfile militar en El Cairo. La desaparición del líder egipcio constituye una amenaza gigantesca para los esfuerzos estabilizadores del Medio Oriente que ha estado realizando con éxito Estados Unidos después de auspiciar los históricos acuerdos entre Egipto e Israel en la reunión de Camp David. Siempre me ha dolido mucho el drama del Medio Oriente y es posible que vuelva la guerra y se incremente la violencia.

De París a Roma, 7 de octubre

Temprano, me llama el embajador Fernández para comunicarme que ha llegado un telex urgente desde el Ministerio de Relaciones Exteriores en el cual se nos informa que el Presidente de la República me designa para encabezar la delegación chilena a los funerales de Anwar Sadat.

A las 5 p. m. vuelo a Roma, como lo tenía programado, pero tendré que partir a El Cairo mañana en la tarde con el embajador Fernández.

Roma, 8 de octubre

El embajador ante el Vaticano, Héctor Riesle, me había preparado un intensivo programa de contactos y visitas con prelados, diplomáticos y prominentes figuras del mundo eclesiástico-intelectual. Entre ellos, el Arzobispo Eduardo Martínez Somaló, sustituto de la Secretaría de Estado, el Arzobispo Lucas Moreira

Neves, secretario de la Congregación para los Obispos, el jesuita Bartolomeo Sorge, director de la revista *La Civiltà Cattolica*, y el Arzobispo Achilles Silvestrini, secretario del Consejo para Asuntos Públicos. A todos ellos les explico que Chile está llevando a cabo una revolución importante para el Tercer Mundo, basada en la libertad y la igualdad de oportunidades.

Aprovecho una hora libre para realizar un acto de fraternidad y amistad cívica y visitar en su departamento en los suburbios a mi prima María Teresa Chadwick Piñera, quien vive exiliada en Roma junto a su marido José Antonio Viera-Gallo, quien fuera subsecretario de Justicia del presidente Allende. Un funcionario de la embajada intenta disuadirme argumentando que esta visita no será bien vista por las autoridades en Santiago, pero no lo logra.

Esa tarde viajo a El Cairo en un avión lleno de dignatarios y personalidades de la política y la diplomacia. A mi lado tengo al primer ministro de Tailandia. Avanzada la noche, finalmente aterrizamos en la capital egipcia. La imagen que proyecta El Cairo es de una ciudad fantasma. El toque de queda impuesto por el gobierno egipcio es estricto y la recepción del avión en que viajo es lenta y tediosa. Prácticamente la totalidad de los pasajeros son miembros de delegaciones diplomáticas que vienen al funeral de Sadat y el canciller egipcio va saludando a todos, uno por uno. Se respira una atmósfera tensa. Ya en el aeropuerto me ha impresionado ver a varios aviones estacionados en pistas aledañas, iluminados por potentes reflectores y rodeados de militares que, hombro con hombro, montan guardia en círculo alrededor de los aparatos. Son los aviones oficiales de distintas potencias que se harán representar en las honras fúnebres por delegaciones numerosas. Una vez fuera del aeropuerto todo se precipita con rapidez; viajo al centro de la ciudad a un hotel reservado para las delegaciones extranjeras.

El Cairo, 9 de octubre

Partimos temprano con el embajador Fernández y el embajador de Egipto, Rolando Garay, a la misma explanada de tierra bruta y asoleada donde el mandatario había caído fulminado. Allí se realizará la ceremonia fúnebre. Mientras esperamos la llegada de la cureña con los restos del presidente Sadat, las delegaciones quedan protegidas del sol por los gigantescos toldos de una carpa. La espera es singular. La aglomeración de personalidades es impresionante. A mi lado el presidente de Francia, Valéry Giscard d'Estaing. Poco más allá el príncipe Carlos acompañado de Lord Carrington, el ministro británico de Relaciones Exteriores. Entre ellos, el rey Balduino. Detrás suyo, el primer ministro israelí Menachem Begin, rodeado de casi todos los miembros de su gabinete.

No mucho más lejos, la imponente delegación norteamericana, encabezada por el secretario de Estado Alexander Haig e integrada por tres exmandatarios -los presidentes Nixon, Ford y Carter- y por Henry Kissinger. El espectáculo que ofrecen las representaciones de las monarquías del mundo árabe -con reyes, príncipes y sultanes- es todavía más colorido. Todo el mundo habla en voz baja, pero habla. Nadie está en silencio. Flota en el ambiente una suerte de desconfianza y tras cada minuto que pasa la concurrencia se vuelve más impaciente.

Después de media hora, el redoble fúnebre de los tambores señala que la cureña mortuoria con los restos del presidente está cerca. Detrás viene el cortejo de la familia y, un poco más atrás, el gobierno egipcio. Una vez que los restos llegan hasta la carpa donde nosotros estamos, iniciamos una procesión por el medio de esa enorme explanada. El cortejo es imponente y cada dignatario avanza rodeado por verdaderos muros de agentes de seguridad. A ambos lados de la procesión, soldados egipcios vigilan

con rostro sombrío y encima de nosotros revoloteaban helicópteros militares haciendo un ruido infernal. El trayecto es de algo así como un kilómetro y, tras un breve rito religioso, los restos son inhumados en lo que parece ser un rito militar. Todo se desencadena enseguida con rapidez. Por los parlantes avisan que los jefes de las delegaciones concurrentes deben dirigirse a un inmenso edificio lateral para presentar sus condolencias a la viuda y al presidente Mubarak. Se produce en ese instante un enorme desorden. Las delegaciones tienen que deshacerse mientras los agentes de seguridad se reparten y chocan entre sí.

Delante de mí va la delegación norteamericana y me toca participar en un curioso incidente. El general egipcio que guarda la puerta se niega a permitir el paso al salón de condolencias a los expresidentes Nixon, Ford y Carter. Claro, no son jefes de delegaciones ni llevan en la solapa el distintivo de tales. Haig explica con los mejores términos que los expresidentes no pueden quedar fuera y que, siendo así, él tampoco va a poder entrar. Aunque yo podría ingresar al salón por delante de todos ellos dado mi distintivo de jefe de delegación, prefiero solidarizar y entablar conversación con los ex presidentes. A Haig le es imposible convencer al general, el cual sigue sus estrictas órdenes y no está dispuesto a hacer excepciones en medio de ese tenso ambiente. Transcurren cinco largos minutos hasta que llega el vicescanciller egipcio en persona a autorizar la excepción. Es Boutros-Ghali, futuro secretario general de la ONU. Pienso que pese a que en la Casa Blanca esos hombres tuvieron más poder que cualquier otro ser humano sobre la tierra, ahora un general de un ejército que ellos mismos han armado insiste en empujarlos al estado llano, como cualquier hijo de vecino.

Ningún escenario más apropiado que Egipto para una reflexión sobre la fugacidad del poder. En sí mismo el país es un sepulcro de un gran imperio de la antigüedad y una tumba impresionante de innumerables dinastías que desafiaron a la eternidad. También las condolencias son un asunto apresurado. En el fondo todo el mundo quiere salir pronto de El Cairo. Permanecer allí es jugar con dinamita. Se teme que cualquier cosa pueda pasar. Cualquier error o cualquier traspié pueden desencadenar una verdadera guerra santa. Es demasiado alta la concentración de líderes mundiales. Se ignora además hasta ese momento qué tan comprometido con el atentado está el ejército egipcio. Después de darles las condolencias de Chile a Jihan Sadat, la viuda, al presidente Mubarak, las delegaciones se reagrupan, corren a los automóviles, que salen disparados hacia el aeropuerto para dejar a sus pasajeros al pie de las escalerillas de sus aviones oficiales. No es desde luego mi caso. Mi vuelo de British Airways a Londres sale varias horas más tarde, de suerte que tengo tiempo para almorzar tranquilamente a los pies de las pirámides que contemplaron al ejército victorioso de Napoleón.

Londres, 11-15 de octubre

Llego en visita oficial a la Inglaterra gobernada por la Primera Ministra Margaret Thatcher. El gobierno británico me acoge con gran hospitalidad y, durante la visita, varias veces me recuerdan que soy el primer ministro del gobierno militar que ha recibido una invitación del gobierno de Londres y que ello se debe a que existe un enorme interés en las reformas que Chile está llevando a cabo, y especialmente por la reforma sindical y la creación del sistema de capitalización individual.

El asesor económico clave de Thatcher, Alan Walters, ya ha estado varias veces en Santiago, donde lo conocí, así como a Cecil Parkinson, ministro de Comercio y favorito de la Dama de Hierro. En un almuerzo que me ofrece Evelyn de Rothschild junto a los presidentes de las mayores empresas mineras de Gran Bretaña, les explico la Ley Constitucional Minera en trámite legislativo. Sabiendo

que Rothschild preside el directorio de la revista *The Economist*, le hago saber mi interés en visitar esa legendaria revista que leo desde mi primer año en la universidad. En dos minutos arregla una reunión con su director, Andrew Knight, y me acompaña a ella.

Tenemos una conversación apasionante de varias horas. Quiere saber todo sobre la revolución de libre mercado que está teniendo lugar en Chile, en una experiencia que es pionera en relación con el programa liberalizador del gobierno de la señora Thatcher.

Al día siguiente, le pido al embajador Miguel Alex Schweitzer, quien ha hecho una excelente labor, que me lleve al palacio de Blenheim a rendirle homenaje a Winston Churchill, que nació en el castillo de los duques de Marlborough, a cuya familia pertenecía este gigante de la Inglaterra del siglo XX. El historiador Hugh Thomas, autor del mejor libro sobre la guerra civil española, me invita a tomar té a la Casa de los Lores.

También doy conferencias en los dos mejores *think tanks* ingleses, el *Institute of Economic Affairs* y el *Adam Smith Institute*.

Antes de regresar a Chile me queda un compromiso: pronunciar el discurso de fondo en la reunión del *London Metal Exchange* que todos los años reúne, en uno de los hoteles más tradicionales de la ciudad, el Dorchester, a unos dos mil empresarios, inversionistas y brokers vinculados al mercado minero. El encuentro combina una dimensión reflexiva con un gran evento social.

Es la primera vez en la gira -y también desde luego la primera vez en mi vida- que me encuentro frente a un piquete de agitadores. Están ubicados a la entrada del hotel y uno de los manifestantes agita un cartel que dice "*Piñera Go Home!*" Ante el estupor del embajador británico que me acompaña, me acerco amistosamente a ellos y por encima de una barrera policial les digo que lo único que deseo a estas alturas del viaje es volver a casa, que en cuanto pronuncie el discurso haré mis maletas de regreso, y que pueden quedarse tranquilos porque no está entre mis planes radicarme en el siempre nublado Londres.

A los pocos días vuelvo a Santiago a dar la batalla final por la aprobación de la importantísima Ley Constitucional Minera, que hemos elaborado con inmenso esfuerzo durante todo el año. Está en juego el futuro del sector más clave de la economía chilena ■

